

CUENTOS PARA NIÑOS

León Tolstoy

- 1) Dos amigos
- 2) La pepa de la ciruela
- 3) El elefante
- 4) El ratón que vivía debajo de un granero
- 5) Tres panecillos y un sándwich
- 6) El campesino y la piedra preciosa
- 7) El campesino y los pepinos
- 8) El halcón y el gallo
- 9) El rey y el halcón
- 10) El gatico

- 11) La niña y los champiñones
- 12) El pájaro
- 13) El mentiroso
- 14) El pato y la luna
- 15) La mosca y el león
- 16) El lobo y la anciana
- 17) El zar Pedro Primeoy el campesino
- 18) El erizo y la liebre
- 19) El león y el perro
- 20) El mercader y la billetera

- 21) Los chacales y elefante
- 22) El hijo sabiondo
- 23) El tiburón
- 24) Cuanta tierra necesita un hombre

1 - DOS AMIGOS

Dos amigos estaban caminando en el bosque cuando se les apareció un oso. Uno de ellos corrió, se subió a un árbol y se escondió, mientras que el otro se quedó en el camino. ¿Qué más podía hacer? Sólo tirarse al suelo boca abajo y hacer creer que estaba muerto.

Cuando el oso se le acercó y lo olió, él dejó de respirar.

Luego de oler su cara, el oso pensó que estaba muerto y se alejó.

Cuando ya se había ido el oso, el que estaba encaramado en el árbol bajó, riendo.

“Dime”, dijo, ¿qué te susurró el oso en el oído?

“Oh, me dijo que tuviera mucho cuidado con la gente que abandona a sus amigos cuando están en peligro.”

2 – LA PEPA DE LA CIRUELA

Mamá compró unas ciruelas para darles a los niños después de la cena. Las puso todas en una bandeja y Vanya, que nunca había comido una ciruela antes se las pasaba oliéndolas. Le gustaban mucho y quería comerse una. Se mantuvo dando vueltas a su alrededor, y cuando no había nadie en el comedor no pudo abstenerse de coger una y comérsela. Cuando Mamá las contó antes de la cena se dio cuenta que faltaba una, y se lo dijo a Papá.

Cuando estaban cenando, Papá dijo: “Bien, niños, ¿alguno de ustedes se ha comido una ciruela?”.

“No”, dijeron todos. Y la cara de Tanya se volvió roja como una remolacha, y dijo lo mismo.

“No, no me comido ninguna”:

Papá entonces dijo: “No está bien que uno de ustedes lo hiciera, pero ese no es el problema. El problema es que las ciruelas tienen pepas por dentro y los que no saben comerlas y se tragan una con seguridad que mueren al día siguiente. Ese es mi temor”.

Vanya palideció y dijo: “Pero yo tiré la pepa por la ventana”.

Y todos rieron, mientras Vanya lloraba.

3 - EL ELEFANTE

Había una vez en India un hombre que aunque hacía trabajar duro a un elefante lo alimentaba muy mal. El elefante se enfureció tanto un día que se paró sobre su amo. Cuando el hombre murió, su esposa lloró y trajo a sus hijos y los tiró a los pies del elefante, diciendo: "Elefante! Mataste a su padre, mátalos a ellos también". El elefante miró a los niños, puso la trompa alrededor del mayor, lo alzó sobre su cuello, y obedeció a ese niño y le trabajó para siempre.

4 - EL RATÓN QUE VIVÍA DEBAJO DE UN GRANERO

Había un vez un ratón que vivía debajo de un granero, y en el fondo del granero había un pequeño orificio por donde se salía el grano.

El ratón vivía bien, y por querer hacer alarde ante sus amigos agrandó el agujero, y luego llamó a los otros ratones a ser sus invitados.

"Venid a mi casa", les dijo, "y los atenderé. Habrá comida para todos".

Cuando sus invitados llegaron los llevó hasta el agujero pero no lo pudo encontrar.

El agujero ya grande había atraído la atención del campesino quien lo había taponado.

5 - TRES PANECILLOS Y UN SANDWICH

Al sentirse hambriento un día, un campesino compró un panecillo y se lo comió. Pero sintiéndose todavía hambriento, compró otro y se lo comió. Todavía hambriento compró un tercero y se lo comió. Cuando los panecillos no pudieron satisfacer su hambre compró unos sandwiches. Después de comerse uno ya no se sentía hambriento.

De repente se llevó las manos a la cabeza y murmuró:

"Qué estúpido soy! ¿Por qué desperdicié todos esos panecillos? Debí haber comprado un sandwich primero que todo".

6 - EL CAMPESINO Y LA PIEDRA PRECIOSA

Un día un campesino se encontró una piedra preciosa y se la llevó al zar. Cuando llegó a la corte pidió a los criados le dijeran cómo podía encontrar al zar. Uno de ellos le preguntó para qué quería verlo, y cuando el campesino se lo contó, el criado le dijo:

“Muy bien. Yo te llevaré donde él, pero sólo si me prometes darme la mitad de lo que te dé”.

El campesino así lo prometió y el criado lo llevó ante el zar.

El zar le recibió la piedra preciosa al campesino, y dijo:

“¿Qué deseas que te dé como recompensa?”

“Dadme cincuenta azotes; esa es la única recompensa que deseo. Y como su criado y yo hemos convenido repartir la recompensa por igual, a él le corresponden veinticinco”.

El zar se rió, le dio al campesino mil rublos y despachó al criado.

7 - EL CAMPESINO Y LOS PEPINOS

Una vez un campesino fue a un sembrado de hortalizas a robar pepinos.

“Me llevaré este bulto de pepinos”, pensó, “y con el dinero que logre compraré una gallina. La gallina pondrá huevos y se sentará sobre ellos. Incubará pollitos y los alimentaré hasta que crezcan. Luego los venderé y compraré una marranita. Alimentaré la marranita hasta que crezca y me produzca una camada de cerditos. Con el dinero que obtenga de los cerdos compraré una yegua que parirá potros que venderé luego. Con el dinero que obtenga de los potros compraré una casa con jardín. Sembraré pepinos y no dejaré que nadie se me los robe – los cuidaré. Emplearé un vigilante bien fuerte y de vez en cuando saldré al jardín y gritaré: “¿Quién anda por ahí? ¿Quién es?”

El campesino estaba tan imbuido en sus propios pensamientos que olvidó que estaba en un jardín ajeno y gritó durísimo.

El vigilante lo oyó y vino corriendo, cogió al campesino y le dio una buena paliza.

8 - EL HALCÓN Y EL GALLO

El halcón estaba acostumbrado a posarse en el antebrazo de su amo cuando lo llamaban, mientras que el gallo, cuando alguien se acercaba, salía corriendo.

“Vosotros los gallos carecéis de gratitud”, dijo el halcón. “Es claro que sois una raza servil, solamente os acercáis al amo cuando estáis hambrientos. No os parecéis a nosotros que somos salvajes: tenemos mucha fuerza y podemos volar más rápido que cualquiera, pero no nos alejamos de la gente – nosotros nos acercamos a ellos cuando nos llaman. No olvidamos que ellos nos alimentan”.

“Vosotros no os alejáis de la gente”, dijo el gallo, “porque no habéis nunca visto un halcón asado, mientras que nosotros muy a menudo vemos un pollo asado”.

9 - EL REY Y EL HALCÓN

Una vez que el rey estaba cazando soltó a su halcón favorito para que atrapara una liebre mientras él galopaba detrás.

El halcón cogió la liebre. El rey se la recibió y comenzó a buscar agua para matar la sed. Encontró agua en una colinita pero solamente caía a gotas. Sacó entonces un vaso que llevaba y lo colocó debajo de la gotera. El agua caía gota a gota, y cuando se había llenado el vaso lo llevó a la boca y estaba a punto de tomársela.

De repente el halcón, que se apoyaba en su brazo, se elevó, aleteó y derramó el agua. El rey puso nuevamente el vaso bajo la gotera y esperó largo rato hasta que estaba completamente lleno. Una vez más trató de llevarlo a la boca y el halcón aleteó y derramó el agua.

Cuando el rey llenó el vaso por tercera vez y estaba a punto de beber el halcón la derramó. El rey se enfureció, cogió una piedra y con toda la fuerza le pegó al halcón en la cabeza y lo mató.

Los criados del rey se acercaron y uno de ellos subió hasta la fuente de agua donde podía llenar el vaso más rápidamente, pero retornó inmediatamente con el vaso vacío, diciendo:

“No se puede tomar de esa agua. Hay una serpiente en la fuente y ha vaciado su veneno en el agua. Si su majestad la hubiera tomado seguramente habría muerto”.

“Qué tan mal he pagado a mi halcón”, dijo el rey. “Me salvó la vida y yo lo he matado”.

10 - EL GATICO

Había una vez un niño y su hermanita - Vasya y Katia - que tenían una gatita. En la primavera se les perdió y aunque la buscaron por todas partes no pudieron encontrarla, hasta que un día, cuando jugaban cerca del establo, oyeron unos “miau-miaus” allá arriba en el cielo raso. Vasya trepó por la escalera mientras que Katia permanecía abajo, preguntando: “¿Ya la encontraste?”

Vasya no contestaba, pero al fin la llamó:

“Ya la encontré! Es nuestra gata...Y tiene gaticos. ¡Qué hermosos son! Sube rápido!”

Katia fue a la casa corriendo y trajo un poco de leche para la gata.

Eran cinco gaticos en total. Cuando ya habían crecido un poquito y comenzaron a salir del lugar donde habían nacido, los niños cogieron uno de ellos, de color gris y patas blancas, y lo llevaron a casa. Su madre regaló los otros pero dejó éste para los niños quienes lo alimentaban, jugaban con él, y se acostaban con él cuando dormían.

Un día los niños salieron a jugar afuera y llevaron el gatico con ellos. El viento levantaba pajitas del suelo y los niños gozaban viendo al gatico jugar con ellas. Luego encontraron unas matas de limoncillo al lado del camino y comenzaron a cogerlas, olvidándose del todo del gatico.

De repente oyeron a alguien gritar: “Vengan acá, vengan acá!”, y vieron a un cazador a caballo. Sus dos perros que iban adelante habían visto el gatico y estaban a punto de atraparlo. En lugar de huir el tontico gato arqueó el espinazo y se agachó, haciéndoles frente a los perros. Katya gritó al ver los perros y salió corriendo, pero Vasya corrió hacia el gatico tan rápidamente como pudo, y llegó al mismo tiempo que los perros. Ya estaban éstos a punto de coger el gatico cuando Vasya cayó sobre él, cubriéndolo con su cuerpo.

El cazador llegó galopando y alejó los perros. Vasya llevó el gatico a casa, y nunca más lo volvieron a sacar al camino.

11 - LA NIÑA Y LOS CHAMPIÑONES

Dos niñas iban de regreso para la casa con canastas llenas de champiñones, y debían cruzar la carrilera del tren.

Creyendo que la locomotora estaba lejos se subieron a la vía para cruzar los rieles, cuando de pronto oyeron la locomotora. La niña mayor retrocedió pero la menor corrió entre los rieles.

“No te devuelvas”, le gritaba la niña mayor a su hermanita Pero la locomotora ya estaba tan cerca y haciendo tanto ruido que la niña menor no oyó bien y pensó que le decía que se

regresara, y se metió entre los rieles, corrió, se cayó, se le regaron los champiñones y comenzó a recogerlos uno a uno en la canasta.

La locomotora ya estaba cerca y el maquinista hizo sonar el pito lo más que podía.

“Deja los champiñones!”, le gritaba la hermana mayor. Pero la pequeña pensó que le decía que los recogiera con cuidado y se agachó bien entre los rieles.

El maquinista no pudo detener el tren. Pitaba y pitaba, y el tren pasó por encima de la niña.

La mayorcita gritaba y lloraba, los pasajeros se asomaban por las ventanillas de los coches, y el guardia corrió al extremo del tren para ver lo que le había sucedido a la niña.

Cuando ya había pasado el tren, todos vieron a la niña estirada boca abajo entre los rieles.

Luego, cuando el tren arrancó, la niña alzó la cabeza, se levantó, recogió el resto de los champiñones, y corrió donde su hermana.

12 - EL PÁJARO

Seryoska recibió muchos regalos el día de su cumpleaños: trompos, caballitos y dibujos. Pero el mejor regalo fue el de su tío: una trampa para coger pájaros. Era en forma de caja con una tablita donde se ponían granos de cereal y cuando el pájaro se asentaba en ella la trampa caía y lo atrapaba. Seryoska estaba feliz con ese regalo y corrió a mostrárselo a su madre.

“Ese juguete es malo”, dijo ella. “¿Por qué quieres coger pájaros? ¿Para qué atormentarlos?”

“Yo los pondré en una jaula. Cantarán y yo les daré comida”.

Seryoska buscó semillas, las puso sobre la tablita y puso la trampa en el jardín. Esperó y esperó pero no se acercó ningún pájaro. Los pájaros tenían miedo de él y no se acercaban a la trampa. Cuando Seryoska fue a almorzar dejó la trampa armada, y después del almuerzo encontró un pajarito revoloteando adentro. Lleno de felicidad, Seryoska cogió el pajarito y lo llevó a la casa.

“Mamá! Mira! Ya cogí uno, posiblemente un ruiseñor! Mira cómo le palpita el corazón!”

“Ese es un gorrión”, dijo ella. “Espero que no lo atormentes. Mejor déjalo ir”.

“No! Yo lo alimentaré y me aseguraré que tenga suficiente agua también”.

Seryoska puso el gorrión en una jaula, le trajo semillas y agua, y limpió la jaula los dos primeros días. Pero al tercer día se olvidó del pajarito y no lo alimentó ni le cambió el agua.

“Ya ves como has olvidado tu pajarito. Mejor déjalo ir”, dijo Mamá.

“No! No lo olvidaré. Voy a cambiarle el agua y a limpiar la jaula ya mismo”.

Seryoska metió la mano en la jaula y comenzó a limpiarla mientras el gorrión se golpeaba contra las paredes de la jaula. Cuando terminó de limpiarla, Seryoska fue a traer un poco de agua, pero Mamá notó que había olvidado cerrar la puerta de la jaula y le gritó:

“Seryoska! Cierra la puerta, o tu pajarito se saldrá y se hará daño”.

No había acabado de hablar cuando el gorrión encontró la puerta, se salió, abrió las alas y felizmente voló atravesando la alcoba hacia la ventana, pero se estrelló contra el vidrio y cayó al suelo.

Seryoska vino corriendo, lo cogió y lo metió nuevamente en la jaula. El gorrión todavía estaba vivo, pero yacía sobre su pechito con las alas extendidas y respirando fuerte. Seryoska lo miraba y lo miraba, y empezó a llorar.

“Mamá! ¿Qué puedo hacer?”

“Ya no puedes hacer nada”.

Seryoska se quedó junto a la jaula todo el día mirando al gorrión todavía recostado sobre su pechito y respirando agitadamente. Todavía estaba vivo cuando Seryoska se fue a la cama, pero no podía dormir al imaginarse al gorrión agitado y respirando duro. Cuando en la mañana corrió a la jaula encontró al gorrión de espaldas, con sus patitas rígidas y presionadas contra el cuerpo.

Nunca más Seryoska cogió pájaros!

13 - EL MENTIROSO

Un pastorcito que cuidaba ovejas pretendió que veía un lobo y comenzó a gritar: “Ayúdenme! Ayúdenme! Un lobo!” Los campesinos corrieron a ayudarlo pero se dieron cuenta que estaba mintiendo. El pastorcillo hizo lo mismo dos o tres veces y un día sucedió que verdaderamente el lobo había aparecido. “Ayúdenme! Un lobo!”, gritó nuevamente el pastorcillo. Pero los campesinos pensaron que estaba mintiendo otra vez, como siempre, y no se dieron por entendidos. El lobo vio que no había nadie a quien temerle y mató todo el rebaño de ovejas, una a una.

14 - EL PATO Y LA LUNA

Había una vez un pato nadando en el río en busca de peces. Se pasó todo el día sin poder encontrar ninguno.

Cuando vino la noche vio la luna reflejada en el agua y pensando que era un pez clavó en el agua para cogerlo. Los otros patos lo vieron y se burlaron de él.

Y desde ese día el pato estaba tan avergonzado y tan tímido que ni siquiera viendo un pez de verdad trataba de cogerlo, y pronto murió de hambre.

15 - LA MOSCA Y EL LEÓN

Un día se le acercó una mosca al león y le dijo: “Usted piensa que es más fuerte que yo, ¿no es así? Pues bien, está muy equivocado! ¿Qué clase de fuerza tiene usted? Usted araña con las garras y muerde con los dientes, igual que las campesinas hacen con sus maridos. Pero yo soy más fuerte que usted. Vamos! Peliemos pues!”

Y haciendo alarde la mosca comenzó a picar al león en la nariz y en las mejillas peladas. El león la atacó con las garras y se arañó la cara hasta sangrar y quedó exhausto.

Llena de felicidad la mosca alzó el vuelo pero no había pasado mucho tiempo antes de que cayera enredada en una telaraña y la araña empezara a chuparle la sangre.

“Vencí al león, el más fuerte de las bestias”, pensaba la mosca, “y ahora me veo destruida por una infeliz araña”.

16 - EL LOBO Y LA ANCIANA

Andaba un lobo hambriento en busca de comida. En una choza a la entrada del villorrio lloraba un niño y el lobo oyó a la anciana que le decía: “Si no dejas de llorar te regalaré al lobo”.

El lobo se detuvo y se sentó a esperar que le dieran el niño.

Llegó la noche y seguía esperando. De pronto oyó que la anciana decía: “No llores más mi precioso. Yo no te voy a regalar al lobo. Más bien esperemos a que ese viejo lobo aparezca y lo matamos”.

“Evidentemente hay gente que dice una cosa y hace otra”, pensó el lobo, y se levantó y se fue.

17 - EL ZAR PEDRO PRIMERO Y EL CAMPESINO

El zar Pedro Primero se encontró a un campesino que estaba cortando leña en el bosque.

- "Que Dios le ayude", dijo el zar.

- "Esa es la ayuda que yo necesito", respondió el campesino.

- "¿Tiene usted una familia grande?", preguntó el zar.

- "Dos hijos y dos hijas".

- "Bien. No es una familia numerosa. Y, ¿qué hace usted con el dinero?"

- "Yo lo divido en tres partes", dijo el campesino. "Con la primera parte pago una deuda; la segunda parte la presto; y la tercera la desperdicio".

El zar pensaba y pensaba pero no podía entender lo que había querido decir el campesino.

- "Yo pago una deuda", dijo el campesino, "al alimentar a mis padres; hago un préstamo alimentando a mis hijos; y desperdicio el dinero teniendo hijas".

- "Es usted muy vivo, amigo", dijo el zar. "Ahora sáqueme de este bosque pues he perdido el camino".

- "Busque usted mismo el camino", dijo el campesino. "Siga derecho, gire a la derecha, luego a la izquierda, y otra vez a la derecha".

- "No entiendo esas direcciones", dijo el zar. "Guíeme".

- "No tengo tiempo para guiarlo, Señor. Para nosotros los campesinos, el tiempo es dinero".

- "Bien, si el tiempo es dinero, yo le pagaré".

- "Ah! Si usted me va a pagar, entonces vamos!"

Se subieron al cochecito de dos ruedas tirado por un caballo, y partieron.

- "Dígame campesino, ¿ha viajado usted lejos de este lugar?"

- "Oh!, sí. He estado por aquí y por allí".

- "Y ¿ha visto usted alguna vez al zar?"

- "No, no he visto nunca al zar, pero creo que me gustaría darle una mirada".

- "Cuando salgamos de este lugar usted verá al zar".

- “Y, ¿cómo lo voy a reconocer?”

- “Porque todo el mundo se quita el sombrero, menos el zar. Sólo él lo mantendrá puesto”.

Al rato salieron a la pradera y cuando la gente vio al zar se quitaron el sombrero. El campesino miraba y miraba pero no podía encontrar al zar.

- “Pero, ¿dónde está el zar?, preguntó.

Y Pedro Primero le dijo: “Usted y yo somos los únicos que tenemos el sombrero puesto – entonces uno de nosotros dos tiene que ser el zar”.

18 - EL ERIZO Y LA LIEBRE

Un día se encontró una liebre con un erizo y le dijo: “No serías tan desafortunado, erizo, excepto que tienes las piernas torcidas y te tropiezas”.

El erizo se enojó y dijo: “¿De qué te ríes? Mis piernas torcidas pueden correr más rápido que las tuyas. Déjame ir a casa por un momento y luego apostaremos una carrera entre los dos”.

El erizo fue a casa y le dijo a su esposa: “He tenido un altercado con la liebre y vamos a apostar una carrera”.

La esposa del erizo se asustó y dijo: “Pero debes estar loco! ¿Cómo puedes correr contra la liebre? Sus patas son ágiles, y las tuyas son torcidas y lentas”.

“Puede que sus piernas sean ágiles”, respondió el erizo, “pero mi inteligencia es ágil. Sólo tienes que hacer lo que yo te diga. Ahora, vamos al campo”.

Y ambos fueron al campo donde esperaba la liebre.

“Te quedas aquí escondida en este matorral”, dijo el erizo a su esposa. “La liebre y yo empezaremos a correr desde el otro extremo, y tan pronto como arranquemos yo me devuelvo; y cuando ella llegue a este extremo tu sales del escondite y le dices: “Te he estado esperando desde hace rato”. “Ella no puede distinguirme y creerá que tu eres yo”.

La esposa del erizo se escondió en el matorral, y la liebre y el erizo comenzaron la carrera desde el otro extremo.

Tan pronto empezaron a correr, el erizo se dio vuelta y se escondió en un matorral, y cuando la liebre llegó al otro extremo, ¿qué vio? Allí estaba sentada la esposa del erizo.

“Te he estado esperando desde hace rato”, le dijo ella.

“¿Qué milagro es este?”, pensaba la liebre, que no podía distinguirla de su esposo. “¿Cómo pudo ganarme?”

“Corramos otra vez”, dijo duro.

“Bueno. Listos”.

La liebre arrancó velozmente y cuando llegó al otro extremo, ¿qué vio?. Pues allí estaba sentado el erizo.

“Bien hecho hermana. Por fin llegaste! Te he estado esperando desde hace rato!”

“Qué milagro!”, pensó la liebre. “Por mucho que corra siempre me gana”.

“Vamos otra vez”, dijo la liebre. “Esta vez no me ganarás”.

“Listos”, dijo el erizo.

La liebre corrió tan rápidamente como podía pero otra vez encontró al erizo sentado esperándola.

Y así la liebre continuaba corriendo de un extremo a otro hasta que quedó exhausta.

Finalmente abandonó la idea y prometió no volver a burlarse de los demás.

19 - EL LEÓN Y EL PERRO

Había en Londres una exhibición de animales salvajes y para verla era necesario pagar o traer perros o gatos que eran tirados a las fieras como alimento.

Un hombre que quería ver los animales cogió un perrito en la calle y lo llevó a la exhibición. Por supuesto que fue admitido y el perrito fue tirado a la jaula del león.

El perrito puso la cola entre sus patitas y se escondió en un rincón de la jaula, pero el león se llegó hasta él y lo olió.

El perrito se estiró patas arriba y comenzó a menear la cola.

El león lo tocaba con sus garras y lo hacía voltear.

Luego el perrito se paró y se sentó en las patas traseras.

El león lo observaba y movía la cabeza de un lado a otro pero no lo tocaba más.

Cuando le tiraban un trozo de carne al león, le arrancaba un pedazo y lo dejaba para el perrito. Y cuando el león se acostaba para dormir en la noche el perrito se hacía a su lado y recostaba la cabeza en las garras del león.

El perrito y el león vivieron juntos en la jaula desde ese momento. El león nunca hizo daño al perrito, comía su comida, dormía con el perrito y hasta jugaba con él.

Un día vino un señor a la exhibición y reconoció su perrito y le dijo al administrador que ese perrito era suyo y quería llevárselo. El administrador, por supuesto, ofreció devolvérselo, pero tan pronto como llamaron al perrito para sacarlo de la jaula el león rugía y se le paraba la melena.

El perrito y el león vivieron en la jaula durante un año. Después el perrito enfermó y murió. El león dejó de comer, y se mantenía lamiendo al perrito muerto y tocándolo con sus garras.

Cuando se dio cuenta que estaba muerto de repente se levantó, erizó la melena y se azotó con la cola, se aventó contra el muro y comenzó a morder los barrotes de la jaula y el suelo.

Así se mantenía todo el día, golpeándose contra los barrotes, rugiendo, y luego se acostaba junto al cuerpo del perrito. El administrador quiso retirar el perrito pero el león no dejaba que se le acercaran.

Creyendo que el león pronto olvidaría su pena le trajeron otro perro, y el administrador lo puso vivo dentro de la jaula, pero el león lo destrozó inmediatamente. Luego puso las garras alrededor de su amiguito muerto y así estuvo sin moverse durante cinco días.

Al sexto día el león había muerto: no pudo soportar la ausencia de su amiguito.

20 - EL MERCADER Y LA BILLETERA

Una vez un rico mercader perdió la billetera y le hizo saber a la gente que llevaba dos mil rublos y que daría mil a quien la encontrara.

Un trabajador la encontró y la llevó al mercader quien comenzó a sentir que era mucho darle todo lo que había prometido y decidió pretender que, además del dinero, también había una piedra preciosa.

“No te voy a dar el dinero”, dijo. “Había una piedra preciosa en la billetera. Devuélveme la piedra y yo te daré los mil rublos”.

El trabajador llevó el caso a un juzgado, y el juez razonó así:

“Usted dice que su billetera contenía dos mil rublos y una piedra preciosa”, dijo al mercader. “Como en esta billetera no hay ninguna piedra preciosa no puede ser la suya. Por lo tanto que el trabajador conserve esta billetera hasta que aparezca su dueño, y usted riegue la noticia de la que perdió, y tal vez alguien la encuentre”

El mercader dejó de argumentar y le dio los mil rublos al trabajador.

21 - LOS CHACALES Y EL ELEFANTE

Los chacales se habían comido todas las mortecinas del bosque y no tenían nada para comer, pero uno de ellos concibió un plan para conseguir comida. Se le acercó a un elefante y le dijo:

“Nosotros teníamos antes un rey pero se volvió malo y nos ordenaba cosas imposibles de cumplir; así que hemos decidido escoger otro rey. Con seguridad que usted tendrá una buena vida con nosotros y cualquier cosa que ordene se llevará a cabo, y lo respetaremos en todo. Véngase a nuestro reino.”

El elefante aceptó acompañar al chacal, y cuando lo condujo a un lugar pantanoso y el elefante no podía salir por estar atascado en el barro, el chacal le dijo:

“Ordéneme lo que quiera, que sea lo que sea será cumplido”.

“Le ordeno que me saque de aquí”, dijo el elefante.

Pero el chacal se rió. “Agárrese de mi cola con la trompa”, dijo, “y lo sacaré halando”.

“ Y ¿sí cree que es posible sacarme así?”, preguntó el elefante.

“¿Por qué me pidió hacerlo si era imposible?”, dijo el chacal. “Por eso nos deshicimos del otro rey, porque nos daba órdenes imposibles de cumplir.”

Cuando el elefante yacía ya muerto en el pantano, los chacales vinieron a comérselo.

22 - EL HIJO SABIONDO

Una vez regresó de la ciudad a su casa de campo el hijo de un campesino.

“Hoy estamos cortando pasto”, le dijo su padre. “Traiga un rastrillo y nos ayuda”.

Pero el hijo no quería trabajar, así que le contestó a su padre: “Yo soy un universitario y desconozco esas palabras de campesinos. ¿Qué es un rastrillo?”

Y sucedió que al caminar sobre la grama se paró en un rastrillo que estaba con los dientes hacia arriba y se pegó en la frente con el palo. Se llevó las manos a la cabeza y gritó: “Cuál fue el estúpido que dejó un rastrillo en el suelo?”

23 - EL TIBURÓN

Nuestro barco estaba anclado en las costas de África. El día era espléndido y un aire fresco soplaba desde el mar; pero en la tarde el tiempo cambió y se tornó bochornoso y el aire caliente del desierto del Sahara nos golpeaba como ráfagas de un horno.

Casi a la puesta del sol el capitán apareció en la cubierta y gritó: "Armar la piscina". En un instante los marineros se lanzaron al agua para recibir una de las velas, la cual amarraron formando una piscina.

En el barco iban con nosotros dos niños que fueron los primeros en clavar pero encontraron que la piscina estaba muy llena de gente y decidieron echar una carrera en el mar.

Igual que dos lagartijas se deslizaron en el agua esforzándose para llegar al lugar donde una boya flotaba sobre su ancla.

Uno de ellos se tiró adelante pero comenzó a quedarse retrasado. Su padre, un viejo artillero, permanecía observándolo desde la cubierta, y viendo que se quedaba atrás, le gritó:

-“No abandones la carrera! Ánimo!”

Pero alguien en la cubierta gritó: "Un tiburón". Y vimos la espalda del monstruo deslizándose en el agua. El tiburón iba en dirección de los niños.

-“Vuelvan! Vuelvan! Un tiburón”, gritó el artillero.

Pero los niños no podían oírlo y continuaban nadando, riéndose y gritando aún más duro. Los marineros bajaron un bote, subieron y se dirigieron hacia los niños accionando los remos con toda su fuerza. Pero los niños estaban lejos, y el tiburón estaba a no más de veinte metros de ellos.

Los niños no podían ni oír nuestros gritos ni ver el tiburón, pero uno de ellos dió vuelta y lo oímos gritar y alejarse de su compañero.

Ese grito rompió el ensimismamiento del artillero quien en un instante corrió hacia el cañón y le dió vuelta a la boca, se inclinó y cogió un detonador.

Todo el mundo en el barco quedó petrificado, esperando a ver que pasaría.

El cañón disparó, y oímos al artillero caer a su lado, con las manos en la cara. No podíamos ver lo que había pasado al tiburón y a los niños porque el humo los ocultó por un momento.

Cuando el humo se desvaneció, se oyó al principio un murmullo, murmullo que se cambió en un grito de alegría.

El viejo artillero se destapó la cara, se puso de pie y miró hacia el mar.

El estómago del tiburón muerto se mecía en la superficie. En pocos momentos nuestro bote llegó hasta los niños y los trajo al barco.

24 - CUANTA TIERRA NECESITA UN HOMBRE

(Abreviado por Germán Lema para sus hijas).

En “Cuánta tierra necesita un hombre” describe Tolstoy la historia de un campesino honesto que aún habiendo tenido éxito en la vida nunca se sentía satisfecho y quería adquirir más y más propiedades para hacerse rico.

Un día llegó a enterarse que más allá del Volga había una región donde el municipio acostumbraba entregar por mil rublos la tierra que se recorriera durante una jornada, desde la salida del sol hasta que se oscureciera en la tarde. El compromiso por su parte era el de iniciar el recorrido en un punto determinado y regresar a ese mismo punto. De no hacerlo así perdería los mil rublos.

Más se demoró Pajom, que así se llamaba el campesino, en oír esto que en ponerse en marcha.

“Increíble”, pensaba. “Estas gentes desconocen el valor de sus tierras, mejores que las que yo he trabajado antes”. Sin embargo todo el mundo le aseguraba que los funcionarios del municipio respetarían el trato tal como se lo habían prometido.

Así, pues, se fijó el día y el lugar de la partida y muy cumplidamente antes del amanecer llegó Pajom, se quitó el sombrero y puso sobre él los mil rublos requeridos.

“Toda la tierra que abarcas con la vista es de nuestra propiedad y puedes escoger la ruta que quieras. Partirás de aquí y aquí mismo debes regresar. Tuya será la tierra que abarques en tu recorrido”, confirmó el funcionario.

Pajom se quitó la chaqueta, se aseguró el cinturón, colgó de éste una bolsa con pan y una botella de agua. Se arregló las botas y mientras salía el primer rayo de sol observaba que la tierra era buena por todas partes y que le daría igual cualquier dirección que tomase.

Salió el sol y Pajom echó a andar con su azadón al hombro, con paso seguro, ni lento ni rápido. Al poco rato paró, hizo un hoyo y enterró el primer jalón que indicaba visiblemente la ruta que había seguido. Un kilómetro más adelante hizo lo mismo, y así fue adelantando. El calor arreciaba y ya no veía el punto de donde había partido. Calculaba haber recorrido unos cinco kilómetros y sentía que era hora de almorzar.

Se quitó las botas, comió rápidamente, y reemprendió la marcha descalzo pues podía caminar más ligero. Ya llevaba la mitad de la jornada y era hora de pensar en el regreso, pero a medida que avanzaba mejor le parecían las tierras. “¿Cómo no incluir este

bosquecito, y aquél valle?” La oportunidad era única. Aunque se sentía cansado no quería recostarse un rato por temor a quedarse dormido, y haciendo una curva prolongada para incluir un laguito inició definitivamente el regreso. Le quedaban cuatro horas todavía y decidió apretar el paso.

Pronto sintió un gran cansancio. Le dolían los pies y le flaqueaban las piernas. Pensaba en descansar pero de hacerlo seguramente no llegaría a la meta. Afortunadamente los rayos del sol ya no caían verticalmente, pero....

“¿Qué será de mi si no alcanzo a regresar? He sido demasiado ambicioso. Lo he echado a perder todo”, pensaba Pajom, y le entró miedo. Se quitó la camisa y la tiró lejos, igual que las botas y la gorra, y también la botella ya vacía.

Al cruzar una depresión le pareció que el sol se había ocultado pero revivieron sus ánimos al llegar a la cima de una colinita desde donde logró divisar la meta. “He adquirido mucha tierra pero no estoy seguro que Dios me permitirá vivir en ella. Creo que todo está perdido”.

Sin embargo un último esfuerzo sería su salvación. Ya divisaba las siluetas de los funcionarios que lo esperaban y oía sus voces que lo animaban a seguir adelante, pero su mente divagaba y se arrepentía de su codicia. El corazón le palpitaba, y casi se le salía del pecho. Veía a las gentes que se reunían para darle la bienvenida, y con un esfuerzo que jamás pensó tener, y al mismo tiempo que se ocultaba el último rayo de sol, pisó la meta y cayó desmayado sobre el sombrero donde había dejado los mil rublos.

“Eres muy valiente y ahora eres muy rico. Has abarcado una gran cantidad de nuestra mejor tierra”, dijo el funcionario jefe.

Cuando acudieron a levantar a Pajom vieron que sangraba por la boca: estaba muerto.

El funcionario ordenó medir su cadáver y cavar el área necesaria para darle sepultura ahí mismo.